



Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial

Pablo Antonio Anzaldi

Febrero de 2012

Aclaración

El problema de establecer con precisión los orígenes de la Segunda Guerra Mundial se desplaza en una delgada línea. Entre el riesgo de la explicación simplista por inmediata, focalizada en la inmoderada personalidad política de Hitler y los suyos, y una explicación excesivamente amplia, que se extiende al horizonte de crisis de la cultura occidental que Nietzsche anticipó como era del “nihilismo”. Y que, con distintas modulaciones, expresaron Spengler, Berdiaeff, Heidegger, Junger, Keyserling y otros autores más terrenales, como Foch y Bernhardi.¹

Las interpretaciones canónicas y las visiones revisionistas se posicionan como antecedentes con beneficio de inventario. Los trabajos y argumentos desde Churchill a Kissinger difícilmente puedan soslayarse, aunque sí, cabe formular algunas preguntas sobre los antecedentes de configuración de las coyunturas.

La búsqueda de una correcta articulación entre la sucesión de acontecimientos y las relaciones de causalidad - excesivamente simplificada en la interpretación canónica- es un problema inagotable. En este caso, el esfuerzo hermenéutico nos relevará de la descripción de los hechos que- se estima- son conocidos.

¹ Con igual dificultad, como observara A.J.P Taylor, un cambio de perspectiva modifica las fechas de inicio. Por ejemplo, para Etiopía la guerra empezó en 1935, para China en 1937, para la URSS en 1941, etc.

El presente trabajo sólo enfoca ciertas cuestiones de principio y condiciones de posibilidad, de las que emanaron las cadenas de hechos. Está enfocado en la situación de Europa.

Método

A partir de Aron, podemos interpretar una doble posibilidad de la *política* en la fórmula de Clausewitz “la guerra es la continuación de la política por otros medios”: la política como situación (politics) y la política como línea de acción (policy). En similar sentido, la distinción entre lo político y la política- iniciada por Schmitt y perfeccionada por Freund- abre la posibilidad de una intelección integral de la realidad política. Con sensibles modificaciones, podemos introducir una serie de precisiones y delimitaciones que permitirán el diseño de un instrumento teórico a los efectos de establecer, más que una interpretación original y novedosa- poco menos que imposible- sí al menos una nueva ordenación de los materiales históricos.

La política es la lucha entre voluntades opuestas y exigidas a decidir entre opciones (policy). Las opciones son las posibilidades de acción que brinda la circunstancia. Su eficacia o fracaso, se comprobará en las circunstancias posteriores, que resultaran de las modificaciones introducidas en las precedentes. Contra el sentido común, ninguna opción es evidente por sí misma. La opción depende de la capacidad de invención y ejecución del decisor que, a su vez, atrapa con el tacto de su inteligencia una posibilidad de la realidad.

Lo político es la esencia, es decir, el momento físico del que brotan una tras otra las constelaciones de posibilidades (politics). Como esencia, es un momento físico de lo real, constituido por la dialéctica orden- desorden. Al respecto, puede precisarse que el *orden concreto* tiene una prioridad estructural e histórica- contra lo que sostenía Freund- sobre la relación mando- obediencia.

El orden no depende de la fuerza del mando ni de la capacidad de control ni del ajuste de la organización. Por el contrario, éstos dependen de aquél. La eficacia del mando está condicionada por la viabilidad histórica del orden concreto. Así, puede darse una situación de organización férrea que oculte un gran desorden (las crisis del comunismo y de los regímenes de facto en general atestiguan esa situación). Los órdenes concretos son dinámicos. Sus partes están estructuradas en función de las demás. La acción es un momento de esas estructuras, particularmente dinámico, aunque no necesariamente eficiente. El dinamismo gira en torno a la soberanía y la decisión, en relación a las que se organiza el Estado y éste organiza a la nación de ciudadanos.

El orden descansa en un principio rector (arjé) de al menos una parte del horizonte histórico espiritual de una época. Lo llamamos principio pues concepto es demasiado racionalista y mito demasiado romántico (y trillado), aunque puede intercambiarse de acuerdo al período histórico. Por ejemplo, el Imperio Romano afirmaba el mito político de Roma; las dos espadas de la

Cristiandad se apoyaban en la Fe y la teología; el equilibrio europeo en la Razón (de ahí la razón de Estado, la idea de equilibrio, etc.).

Todo orden establece una dialéctica con un desorden, en los niveles interno y externo. Por ejemplo, las ciudades estado de la antigua Grecia se correspondían con otras ciudades, con el imperio persa, con la barbarie circundante. La correlación entre esos elementos constituye la dialéctica orden-desorden. Roma se relacionaba con los bárbaros, etc. La Cristiandad con los infieles, herejes, etc. El *estado moderno* se corresponde con otros estados modernos: la normalidad pacífica de esa relación es el equilibrio de poder. Los *estados nacionales* con otros *estados nacionales*: del principio romántico de la originalidad y exclusividad nacional brota la dificultad de establecer un equilibrio de poder racionalista. La humanidad, representada ayer en la Sociedad de las Naciones y hoy- parece- en las Naciones Unidas se enfrenta con los inhumanos (aspecto captado por Schmitt).

Empleando la escolástica suareciana, se puede precisar que las distinciones político/política; orden/desorden; horizonte/circunstancia, son *distinciones de razón con fundamento en la realidad*. Es decir, son conjuntos respectivos de categorías que esclarecen fases de la dinámica inapelable de la realidad.

La dialéctica orden-desorden da de sí constelaciones de posibilidades. El horizonte emana coyunturas, situaciones o circunstancias. Aparecen ante el decisor político como dadoras de opciones: la flexibilidad y radicalidad está en la realidad. La invención del decisor modela las opciones. Las circunstancias son momentos de tiempo dialécticamente relacionados en el sentido de la supresión dialéctica hegeliana: cada momento es negación, superación y conservación como negado de un momento anterior. Por ello la imposibilidad de repetir la historia. En este sentido, la política es acción en el tiempo. Pero no es cualquier clase de acción, sino aquélla que tiende a conservar, modificar, sustituir o reemplazar un orden. El orden es físico, es decir, es la idea espacializada: orden concreto, institución real, corporación. Es decir, configuración espacial. En este sentido, la política es acción en el espacio. Por ello toda política realmente consciente es actual y situada (la “altura de los tiempos”, decía Ortega) y asume como contenido el tiempo (la historia) y el espacio (la geopolítica).

Interesa en este sentido adelantar la proposición que las revoluciones pueden darse en el tiempo y en el espacio. El tiempo es la dimensión de los principios; el espacio la dimensión de las configuraciones. El tiempo es el pensamiento. El espacio, la acción.²

Para encuadrar el análisis de la política como lucha entre voluntades opuestas y exigidas a decidir entre opciones, podemos emancipar de su función sistemática en el interior de *Vom*

² Por ejemplo, en la historia argentina, la revolución en el orden de los principios, es decir, en el tiempo, se consumó en la Constitución de 1853, como coronación de la generación de 1837(de intelectuales políticos). La revolución en el orden del espacio, en cambio, se completó con la Campaña del desierto (políticos soldados).

Kriege al concepto de *guerra absoluta* de Clausewitz y entender el ascenso a los extremos como nota esencial de la historia de la primera mitad del siglo XX. El destino de un concepto de ribete romántico y función instrumental en el interior de una teoría- *guerra absoluta, ascenso a los extremos*- se trueca en la experiencia histórica concreta. Aquello que en Clausewitz es herramienta teórica- inexistente en la realidad concreta- aparece en el siglo XX como fenómeno histórico. La voluntad de aniquilamiento recíproco opera el doble movimiento de ascenso a los extremos y desborde a la retaguardia. Es decir, el aniquilamiento recíproco de los ejércitos afecta a los civiles concebidos como retaguardia estratégica de una *guerra absoluta*, por tanto, ilimitada, en la que se borran las distinciones entre teatro de operaciones y retaguardia, civiles y militares, soldados y criminales, etc. La enemistad absoluta es una novedad de la historia contemporánea, anticipada por Clausewitz en el campo de la teoría y legitimada por las ideologías.

La emancipación del concepto de *guerra absoluta* respecto de su función heurística en el interior de la unidad sistemática clausewitziana extiende sus posibilidades hasta el siglo XX y sólo ahí deja ver una nueva dimensión real de lo que incoa. En efecto, el choque entre comunismo y nacionalsocialismo, la guerra civil europea, se despliega como guerra interestatal de aniquilamiento: Hitler quería destruir la Unión Soviética y Stalin el Tercer Reich.

Sin embargo, la eliminación física del enemigo desarmado es un paso más allá del aniquilamiento político-militar. La existencia histórica es una identidad que puede distinguirse al menos parcialmente de la existencia física. Por cierto, la culpabilización del enemigo vencido iniciada en Versalles y la dialéctica de la lucha política entre comunismo y nacionalsocialismo fueron lo suficientemente dinámicos como para escalar hasta el último eslabón: el aniquilamiento físico de la población de la que nace el ejército. Quizás los bombardeos sobre Dresde y la retaguardia alemana, las bombas en Hiroshima y Nagasaki, las violaciones en masa de mujeres alemanas por los soldados soviéticos, las matanzas de croatas por los partisanos, fueron golpes estratégicamente innecesarios y crueles en extremo, pero no se inscribían en una ideología racista de aniquilamiento y limpieza étnica, como los nazis respecto a judíos, gitanos y parte de los eslavos³ (para contextualizar, hay que recordar que los norteamericanos se encontraban en plena segregación racial). El concepto de *guerra absoluta* en su realización opera un movimiento dialéctico de superación del concepto de guerra del *Ius Publicum Europaeum*. Se prolonga más allá de las actitudes hostiles de ambos enemigos y sobrepasa el marco de la dialéctica hegeliana del reconocimiento de las autoconciencias enfrentadas. La conciencia nacionalsocialista y la conciencia bolchevique no buscaban el reconocimiento recíproco, sino el aniquilamiento de su oponente. Preferían ser reconocidos por sí mismos matando al enemigo, antes que por un enemigo vencido, pero vivo. Perder, en ese caso, no

³ Con algunas excepciones como los croatas Ustachá, el Ejército de Liberación Ruso de Vlasov, etc.

significaba el reconocimiento al enemigo victorioso sino la muerte lisa y llana. La *guerra civil europea* – como Nietzsche auguró- de origen filosófico y signo ideológico, sobrepasa la racionalidad ilustrada en tanto figura de la conciencia del interior del equilibrio de poder y el orden concreto del *Ius Publicum Europaeum*.

En la interpretación aroniana de Clausewitz la distinción entre paz y guerra sólo puede ser precisada por la acción del instrumento militar. La inactividad del instrumento militar configura una situación de paz. Es un criterio claro y distinto, propio de una tradición ilustrada.

La guerra en los espíritus

La Segunda Guerra Mundial se despliega como guerra absoluta y resulta de la convergencia de una serie de procesos paralelos: la revisión de Versalles, la denominada “guerra civil europea” (Nolte, 1996) y la expansión japonesa en Asia. Esos procesos eran alentados y moldeados por otros fenómenos paralelos y convergentes como la situación histórico espiritual europea, la gran crisis económica de los años 30, la crisis del parlamentarismo y la democracia liberal, el desarrollo tecnológico de la industria militar con pivote en la velocidad, etc.. La mezcla de crisis espiritual, guerra civil y guerra internacional de la época difumina los contornos tradicionales y los marcos racionales. A diferencia del pasado, en el que el uso del instrumento militar es la guerra y su no uso la paz, la situación contemporánea hace plausible la distinción entre agresor político y agresor estratégico como dos agentes de una situación de guerra: el bloqueo de materias primas, el boicot económico, la lucha ideológica, etc., afectan la libertad de acción y configuran una panoplia de instrumentos de guerra. Por ejemplo, el ataque japonés a Pearl Harbor está precedido por la inmovilización de los activos japoneses en Estados Unidos y el cierre del suministro de petróleo: ¿Quién es el agresor? ¿El que dio el primer golpe o el que golpea más fuerte? ¿El que ahoga la economía del enemigo o el que ataca militarmente?

Más allá de un estrecho marco de posibilidades, la naturaleza del agresor no es fácilmente detectable. ¿Quién es el agresor en la Segunda Guerra Mundial? Por cierto que el fascismo y particularmente el nacionalsocialismo llevaban en sí un ideal guerrero como sustrato de su concepción del mundo, de fuerte impronta nietzscheana (más o menos desvirtuada, poco importa). El bolchevismo, en cambio, tuvo siempre el cuidado de promover y hacer la guerra en nombre de la paz. Que los franceses eran derrotistas, los ingleses apaciguadores y los norteamericanos aislacionistas, es una apreciación repetida que exige más precisiones.

Un análisis de los orígenes de la Segunda Guerra Mundial puede desplegarse en varios niveles, que remiten a distintas posibilidades. Las condiciones de posibilidad del ascenso al poder de una fuerza política revolucionaria como el nacionalsocialismo, orientada desde el inicio a un cambio

del mapa geopolítico europeo, concitaron una respuesta tardía pero igualmente intensa por los actores internacionales, particularmente Inglaterra y Francia.

En este aspecto, cabe distinguir el nivel del encadenamiento de condiciones políticas que llevaron a la guerra, de las características novedosas de la guerra misma, en el sentido que, de acuerdo a su naturaleza, destruyó el marco del derecho internacional. Es decir, una es la pregunta acerca de por qué hubo una Segunda Guerra Mundial y otra es por qué la guerra tuvo esas características.

La *guerra civil europea* (Nolte, 1996), a veces expresada en tensiones ideológicas y otra en choques manifiestos, configuró una situación de tensión, recurrentemente pronta a estallar. Una situación de guerra de base a veces contenida o postergada por las maniobra de superficie. En un escenario así, los viejos parámetros de paz y guerra se difuminan y el concepto de agresión, como dijimos, extiende sus contornos hasta incluir el bloqueo, la presión de estrangulamiento, la amenaza, la diatriba, el apoyo de una potencia enemiga al partido interno enemigo, como herramientas de una guerra civil. Por cierto, para un concepto de guerra de signo racionalista, como el forjado en la Europa del siglo XVIII, en el que la guerra es el instrumento militar en acción y la paz es la inactividad de ese instrumento militar, el concepto de guerra civil europea hunde sus raíces en una lógica dialéctica de signo romántico.

Como Nolte subrayó, el bolchevismo fue combatido mediante una respuesta simétrica y opuesta. Ambos bandos tenían sus cabezas de puente en casi todos los países, con la decisiva excepción de la impenetrable Unión Soviética, en la que solo había lugar para el Partido Comunista. Porque no fue un fenómeno estrictamente alemán ni italiano sino europeo, brotaron movimientos como Acción Francesa, Rexismo belga, Unión Británica de Fascistas, Falange Española, Guardia de Hierro rumana, etc., más o menos sostenidos ideológica y financieramente por Alemania e Italia. Por cierto que cada caso es particular y presenta relieves y características específicas. El *nacionalsocialismo* fue la versión alemana de la revolución democrática en el sentido radicalizado del concepto. Las masas, la acción directa, la identidad popular alemana, la expansión guerrera, disolvieron las estructuras mentales, actitudinales y políticas de la herencia histórica estratificada y clasista, fundiendo en un mismo cauce a individuos de la más variopinta procedencia, con exclusión de judíos. ¿Quién dijo que la revolución democrática no derrama sangre inocente ni libera de trabas la acción de criminales vulgares erigidos en estadistas?

La fuente de las decisiones podrá ser particularmente difícil de escrutar, dada la actual dispersión entre las distintas partes de las ciencias del espíritu- historia, relaciones internacionales, filosofía, etc.-, por lo que es preciso delimitar la situación histórico espiritual de la época. Aquello que Schmitt denominara “la llave de la sabiduría” remite fuertemente a la filosofía de la historia, tan maltratada en los últimos años como autora de “grandes relatos” perimidos.

Una figura del espíritu enfrenta a su opuesta y su interior posee una diversidad de niveles de la más diversa procedencia, inscritas en el despliegue de la conciencia. En la conformación ideológica de Hitler, convergían diversas proporciones de ideas, tendencias y creencias: racismo, social darwinismo, romanticismo, socialismo, nacionalismo, antisemitismo, geopolítica, etc. Una profunda crisis de la ilustración emerge en distintos sectores de la vida social

(psicoanálisis, música concreta, arte abstracto, lingüística estructural, dadaísmo, surrealismo, etc.). Y se manifiesta en la discusión que sostuvieron Heidegger y Cassirer en el encuentro de filósofos en Davos, que enfrentó a la conciencia de la ilustración europea con una fuerza radicalizada, que socavaba sus fundamentos y asediaba sus límites. Años antes, Keysserling señaló que la nueva época estaba caracterizada el arquetipo “chauffer”, es decir, alguien que se desplaza irreflexivamente y velozmente sin los fines éticos de la cultura en sentido kantiano. Probablemente el origen de la época se encuentre en 1848, que abre según Schmitt “el gran paralelo” con las guerras civiles romanas que marcan el fin del paganismo y el pasaje a la época cristiana. En *Los Demonios* de Dostoievsky se palpa ese estado de agitación y desesperación, que se encuentra en las circunstancias previas a los ultimátum de 1914 y 1939 (por poner unas fechas) y que sin embargo no está en los cálculos exactos- y por tales, exasperantes- de Federico el Grande o de Metternich. Ese estado de agitación, ése pathos de la desesperación, quizás no sea la causa pero si claramente es la figura de la conciencia dominante, que se despliega en paralelo a los procesos que confluyen en la denominada- convencional y hegemonícamente- “Segunda Guerra Mundial”.

La escalera de Hitler.

La especificidad de la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial fomentó la idea de la “puñalada por la espalda”. En efecto, se destacan una serie de aspectos relevantes en los acontecimientos que le dieron forma política a la derrota militar alemana. Alemania venció en el frente oriental a Rusia. El Pacto de Brest Litovsk impone duras condiciones de paz que reflejan la profundidad del triunfo militar alemán, el colapso del Ejército ruso- en plena consolidación bolchevique- y la opción alemana de seguir combatiendo. En cambio, en el frente occidental, el día de la solicitud de Armisticio, el ejército alemán estaba a horas de colapsar y se batía en estrategia retrograda (cambio de espacio por tiempo) fuera del territorio patrio. Desde el punto de vista militar, la intervención norteamericana revirtió el desempeño de Alemania. Cuando los Estados Unidos entraron a la guerra, la situación de los Aliados era desesperada y Alemania había derrotado a Rusia en toda la línea del frente oriental. En la estructura de percepción de parte de las masas alemanas, cuya aparición histórica, identidad nacional y social se forjó en las

trincheras, la visión correcta de las posibilidades reales de seguir combatiendo- propia del Estado Mayor y del Mando Político- estaba, en cierto sentido, fuera de su alcance.

En la guerra del 14 se forjó la primera generación alemana de la era de las masas portadora de la democracia no liberal, sino de masa, nacida de la movilización total y del fervor bélico como componentes esenciales de la identidad nacional. Para un sector de esa masa nacida a la historia de los pueblos desde las trincheras, vencedora en el Este, que había combatido heroicamente contra un enemigo superior fuera del territorio patrio, la revolución y el armisticio era la certeza de la puñalada por la espalda. Por cierto, una parte muy grande se hizo pacifista y no lo sintió así, pero de lo que se trata es de captar la línea principal de avance en la realidad histórica.

Los 14 puntos del presidente Wilson prometían una política de *seguridad colectiva* de signo kantiano, que reemplazaría la tradicional política de *equilibrio de poder*. La actualización de la doctrina kantiana de la *Paz Perpetua* se operaba en los objetivos de diplomacia abierta, libertad de navegación marítima, desarme general, supresión de las barreras comerciales, solución imparcial de reclamos coloniales, restauración de Bélgica, abandono de territorio ruso, construcción de una Sociedad de Naciones. Más específicos pero con menor fuerza de obligatoriedad- se “debería” – se incluían la devolución de Alsacia-Lorena a Francia, la autonomía para las minorías de los imperios austro- húngaro y otomano, unas nuevas fronteras de Italia, la evacuación de los Balcanes, la internacionalización de los estrechos de Dardanelos y la instauración de una Polonia independiente con acceso al mar (Kissinger, 221). Los 14 puntos eran precisos en los aspectos más generales, e indeterminados en las cuestiones más concretas (la entrega de Alsacia Lorena a Francia entraba más en lo deseable que en lo obligatorio). El programa de 14 puntos terminaba con un reconocimiento a la gran tradición cultural alemana y un llamado a su incorporación al sistema naciente. En las posibilidades reales de Alemania, una paz generosa y novedosa como la contenida en los 14 puntos no implicaba una derrota total sino más bien un retorno al punto de partida y la incorporación a un proceso de construcción societario inédito, de signo liberal. Más que un cambio *en* la historia los 14 puntos de Wilson envolvían un cambio *de* la historia: el final del *equilibrio del poder* y el pasaje a una política de *seguridad colectiva* basada en la moral. Paz, desarme, libre comercio, publicidad de los actos diplomáticos, la paz perpetua emergía en el horizonte. Porque una revolución es una obra de ingeniería social absoluta que manifiesta un exceso de la Razón, una revolución diplomática también es un proceso de ajuste al Proyecto de la Razón y para realizarse requiere la determinación con la que actuaron los revolucionarios del terror jacobino y del terror bolchevique (los bolcheviques híper profundizan el racionalismo de los jacobinos). Para una revolución, las tradiciones y realidades del poder, particularmente las de signo temporal-histórico y espacial-geopolítico, son objeto de negación ideológica y práctica. Las idas y venidas del poder norteamericano, las dificultades del propio Wilson para alinear a su país detrás de su proyecto, hacen fracasar los 14 puntos en su aspecto propiamente revolucionario: el

de la construcción sólida de un sistema de *seguridad colectiva* a través de la Sociedad de Naciones en torno a los fines del liberalismo.

Sin embargo, los 14 puntos estaban orientados en función de los aliados, pero no carecían de grietas en los que Alemania podía continuar la lucha, ésta vez en términos diplomáticos.

La solicitud alemana de Armisticio, la Conferencia de Paz y la serie de Dictak de Versalles, Saint Germain, Trianon, Neuilly y Sevrés ocasionaron pérdidas estructurales para las potencias centrales y sumergieron al orden del espacio en una crisis inédita en los últimos cien años. La Paz de París y Viena de 1815 respetaron un lugar para Francia en el concierto europeo y contemplaron un mecanismo de control y sanción. La Paz de Versalles de 1919 destruyó el orden del espacio en el nombre de los principios y no contempló el mecanismo de preservar ese desorden.

Dígase lo que se diga de Hitler, los *dictados* introdujeron un giro en el tiempo y el espacio: la penalización del vencido y la destrucción del orden concreto. La revolución espacial alemana iniciada por Federico, continuada y autolimitada por Bismark, y retomada por el Kaiser Guillermo II (luego relanzada por Hitler), fue revertida en Versalles y rodeada del vacío geopolítico que dejó la demolición del Imperio Austro Húngaro y del Imperio Otomano en los demás dictados.

(A simple vista, del Estado prusiano nace la Nación alemana. Sin embargo, miradas las cosas en perspectiva, el proceso nacional alemán es una revolución espacial en la que un pueblo identificado con una lengua originaria- como lo pensó Fichte- busca su propio Estado).

Además de la destrucción espacial, en Versalles es alterado el orden de los principios. La condena del vencido destruye el principio del honor y legitima la dislocación territorial. El principio (arjé) es el soporte final de la estructura. (No puede haber un Imperio si no hay honor). Una reconfiguración de las instituciones estatales que disuelva a los vencidos en una serie de nuevos estados y repartos, supone la destrucción del Derecho Internacional Público (*Ius Publicum Europaeum*), como queda evidenciado en el Artículo 231 o cláusula de culpabilidad de guerra del Dictak de Versalles, a saber:

"Los gobiernos aliados y asociados afirman y Alemania acepta la responsabilidad de Alemania y los aliados de causar toda la pérdida y daños a los cuales han sujetado a los gobiernos aliados y asociados y a sus ciudadanos, como consecuencia de la guerra impuesta ante ellos por la agresión de Alemania y sus aliados."

Un análisis detenido sobre las particularidades de Versalles (con Trianon, Saint Germain, Neuilly y Sevrés) exigiría una serie de precisiones y puntualizaciones, la principal de las cuales es que el *tratado* entre vencedores fue un Dictak para los vencidos. Bástenos señalar que Versalles es la expresión jurídica de la destrucción del ordenamiento jurídico europeo en el que

la guerra es una posibilidad delimitada y las transformaciones estatales que vertebran las realidades históricas eran limitadas desde la Paz de Viena y los sucesivos congresos(Kissinger, 1973). Las guerras de Crimea (1854-56), de los Ducados (1864), Austro- Prusiana(1866) y Franco -Prusiana(1871) sucedieron en el interior de la unidad sistemática del equilibrio europeo y el derecho internacional. Sólo prohibiendo la guerra puede alcanzarse la intensidad de transformar al enemigo en delincuente y así destruir la condición jurídica de las relaciones interestatales. Las características de Versalles llevaron en sí un sistema de posibilidades de revisión. No inventaron a Hitler, pero proporcionaron la escalera para su ascenso. Consolidaron en Alemania la crisis política y espiritual. La teoría de la puñalada por la espalda cobraba fuerzas a medida que Versalles imponía sus consecuencias. La necesidad de una revisión se transformó en anhelo y éste acompañó un proceso de radicalización cultural manifestada en la revolución conservadora, el decisionismo schmittiano, la gran escuela geopolítica, la nueva literatura, el nacional bolchevismo, etc. Si pudiésemos señalar con libertad no exenta de riesgo, diríamos que el nuevo pensamiento alemán forjado en esos años tenía un estilo de radicalidad con el que ahondaba una resignificación de la espacialidad y la temporalidad. La búsqueda de la autenticidad del Dasein, la nueva conceptualización del espacio (espacio vivo versus espacio inmóvil) y del tiempo (fin de la idea usual, nueva idea heideggeriana del tiempo como temporalidad, historicidad del pasado abriéndose paso), preparan las condiciones para una decisión histórica. Quien poseyese la virtud y la fortuna para imponerse en esa situación de excepción prestaría su nombre a la etapa. Desde 1919 a 1933 se produce en Alemania lo que podemos denominar la lucha por la hegemonía en el movimiento de opinión revisionista sobre Versalles. Esa lucha está jalonada por una serie de hechos como el asesinato de Rathenau (1922), el putch de Munich(1924), etc. La fuente de las posibilidades que hizo posible el ascenso de Hitler y su política revolucionaria a escala europea incluyen a Versalles como cantera y a la crisis que, denominada guerra civil europea (Nolte, 1996), se desenvolvía entre la amenaza comunista y la respuesta antitética simétrica, el fascismo y los nuevos nacionalismos. La eclosión de movimientos y organizaciones nacionalistas radicalizadas presentó signos comunes como el militarismo y el anticomunismo. El antisemitismo, en cambio, era una corriente muy extensa, violentamente presente en estos movimientos, aunque quizás con la excepción del fascismo italiano (hasta su absorción por Hitler) y la Falange Española. La simetría entre la amenaza comunista y la respuesta nacionalsocialista refleja la intensidad de la conciencia y la vivencia del enemigo. Para el marxismo bolchevique, la lucha revolucionaria desembocaba en la aniquilación física del enemigo burgués. Una poderosa teoría marxista exponía acerca de su carácter parasitario. Para el nacionalsocialismo, en cambio, el parásito era el judío, que emponzoñaba todas las relaciones sociales, bajo la modalidad de capitalista financiero o de bolchevique, de lo que deducía la tarea histórica de su eliminación física. La

intensidad del choque entre comunismo y nacionalsocialismo arrastró a sectores más o menos ambiguos de ambos bandos. La política de Frentes Populares, por un lado, y el ascendiente a escala europea del liderazgo de Hitler, por otro, terminaron de alinear a los sectores menos radicalizados de ambos bandos (empezando por Mussolini, admirado durante años por muchos políticos de relieve, como Churchill y Jabotinski). La idea de la clase o raza parasitaria, más concretamente, la idea de lo parasitario, del obstáculo de la historia, de la traba al despliegue de la gloria en vida, es común al bolchevismo y al nacionalsocialismo, quizá se corresponda con la preeminencia de la figura del trabajador (Junger), no en tanto proletario empírico, sino como arquetipo de una edad histórica caracterizada por la *movilización técnica del mundo*. El burgués y el judío (burgués o bolchevique) aparecen como la encarnación ontológico- física de esa traba histórica. Esto supone, también, una profundización de la proyección social del darwinismo, la lucha por la supervivencia y la sobrevivencia del más apto. Si tomamos en cuenta que el liberalismo entiende la vida económica como una competencia que produce triunfadores y fracasados, y percibe en éstos a rezagados cuya existencia es parasitaria del Estado, el liberalismo- al menos en su versión insular de origen y en la visión de la escuela austriaca- posee una relación de simetría con el *bolchevismo* y el *nacionalsocialismo*. En todos los casos, se trata de versiones de una sociedad normal desviada por la acción de parásitos (burgués, judío, fracasado). Una tesis de ese tipo puede anclar la interpretación de la sociedad en supuestos como la lucha por la supervivencia o el trabajador o en combinaciones más o menos ajustadas de ambas. Si la cuestión ideológica operaba en la intensidad y dirección de las fuerzas, el desorden intrínseco del mundo de Versalles colocaba las cosas en el atrio de las decisiones. Ni *seguridad colectiva*, ni *paz imperial*, ni *equilibrio de poder*, el mundo surgido de Versalles proveyó la deficiencia que removió Hitler. La política exterior revisionista, mediante una brillante combinación de diplomacia y guerra, forjó una secuencia de éxitos que se cuentan entre los más espectaculares de la historia. El Dictak de Versalles condenó al vencido a la inexistencia histórica o a una situación de minusvalía, pero no de estricta sujeción. La capacidad física de controlar a Alemania se vino abajo ante las iniciativas de Hitler. La revisión de Versalles fue la línea central de avance que conectó la gran política de Hitler con las aspiraciones del pueblo alemán. Como revolucionario, tensó los límites de la prudencia política: Renania, Anschluss, Sudetes, Checoslovaquia, Corredor polaco, cada victoria acumulaba prestigio en escala geométrica y Hitler parecía imbatible. El Pacto Molotov-Ribbentrop- más allá de las ideologías- fue una maniobra de *Realpolitik* en plena descomposición de la *seguridad colectiva*. Francia e Inglaterra declararon la guerra a Alemania en nombre de la independencia de Polonia, pero omitieron a la Unión Soviética, que también la había quebrantado. Desde la invasión a Francia hasta el Armisticio- que Aron estima correcto- Alemania actuó en respuesta a la declaración de guerra de Francia. Los bombardeos a Gran Bretaña y la más o menos concebida pero no realizada operación León Marino, respondían a la declaración de guerra

inglesa. En términos tradicionales de ultimátum, declaración de guerra, plan de operaciones, Alemania se comportó *history as usual*. La explotación de la sorpresa y la alta dosis de cinismo de Hitler no estaban fuera de los cánones de la política de poder. Por cierto, la acción de aniquilamiento en Europa del Este y luego en la Unión Soviética no era una novedad en la historia sino un plus de brutalidad y salvajismo que hacían poco atractivo el proyecto de Hitler. Absolutamente violatorio del derecho natural, perjudicial a su lucha anticomunista (muchos ucranianos y rusos lo hubieran apoyado si no hubiese sido racista genocida), la destrucción del *Ius Publicum Europaeum*, del derecho *de* guerra y del derecho *en* la guerra, no era una acción aislada. Las matanzas de Hitler se enlazan con las matanzas de armenios por los turcos, de ucranianos por los bolcheviques, de chinos por los japoneses, de serbios por los croatas, de etíopes por los fascistas italianos, de alemanes de retaguardia por los bombarderos aliados, de japoneses de Hiroshima y Nagasaki por los estadounidenses, etc. La era de las matanzas en masa en nombre de la raza, la etnia, la nación, la clase y la libertad sobrepasan lo que se espera de una guerra pues, como decía Clausewitz, no es un acto de guerra “la violencia contra una masa inerte”.

Conclusiones provisionales

La introducción del componente ideológico acompaña el fin de la era de la estatalidad y del derecho de gentes europeo, y opera como condición de incremento de las tensiones, difuminando la extensión del concepto- de por sí polémico- de agresión. Esa situación es típica de las relaciones entre las democracias occidentales, el nacionalsocialismo y el comunismo. En el caso de Japón, en cambio, todo indica que el mayor relieve para la toma de las decisiones lo adquirió, más que una cosmovisión opuesta a las ya existentes, una política exterior revolucionaria, orientada al rediseño geopolítico del lejano oriente, que los japoneses denominaron *Área de Coprosperidad del Asia Pacífico*.

El aspecto ideológico es un componente de potenciación de las condiciones para el estallido. La condición fundamental que desató la guerra es el desorden espacio- temporal, la contradicción entre el orden espacial de los estados y el orden temporal de los principios. La consideración del principio de autodeterminación nacional chocaba con la fragmentación alemana. La capacidad de establecer una política exterior revolucionaria lanzando un proyecto de rediseño del mapa geopolítico comenzó en nombre de los principios de autodeterminación nacional, seguridad colectiva y moral universal. Por cierto, la ideología se contrapone a otra ideología y la guerra civil puede estar pronta a estallar. Sin embargo, la matriz fundamental de la guerra, lo que finalmente la desata, es el arraigo de la idea que el orden político del mundo debe ser modificado de raíz. En otro caso, el racismo alemán hubiese podido convivir con el racismo norteamericano sin mayores sobresaltos (Roosevelt y Churchill- por no decir De Gaulle o

Stalin- jamás indicaron que la situación de judíos y gitanos en la Alemania hitlerista fuera no ya prioritaria, ni siquiera relevante para ellos).

En el siglo XX los procesos internacionales contienen proporciones- de difícil determinación- de tradicionales intereses nacionales y novedosos componentes ideológicos. ¿Hasta que punto predominó el interés nacional y cuando se puso en juego una cuestión ideológica? Como etapa de conjunto, la desarticulación de las potencias centrales, la incorporación de las masas como actor histórico y la percepción de una acción insidiosa comunista soviética se transformaron en aspectos relevantes en la configuración del nacionalismo alemán.

Denominamos Segunda Guerra Mundial a la lucha político- militar por el espacio y el poder en la que convergen tres niveles de realidad paralelos: la lucha por la revisión del orden- desorden de Versalles; la lucha entre bolchevismo y nacionalsocialismo, y la lucha de Japón por la construcción del *Área de Coprosperidad del Asia Pacífico*. En la línea fundamental de avance, la revisión de Versalles convergió en la escalada de la guerra civil europea, decisivamente a partir de la Operación Barbarroja. Dialécticamente, para Rusia, fue una Gran Guerra Patria, más bien realizada en nombre del nacionalismo y la historia, que del socialismo y el futuro(al menos para el pueblo). El *nacionalismo* se manifestó como una fuerza de inspiración más consistente que el *socialismo*.

En el frente asiático, en cambio, se encuentra a los Estados Unidos como el sujeto de conexión más consistente. Las declaraciones de guerra de Japón y Alemania se incardinaron en una lucha mundial en teatros de guerra independientes. Puede tratarse de una opinión aventurada, pero una hipotética victoria alemana hubiese podido convivir con la derrota de Japón y viceversa: los japoneses respetaron su acuerdo con Stalin y no atacaron el oriente siberiano.

El proyecto de Hitler perseguía la hegemonía en Europa y la proyección mundial de poder correspondiente. No es novedad decir que, en un mundo racista, el proyecto de Hitler era también racista, y además genocida. Pero no era un proyecto de dominio mundial. No hay planes ni indicadores que lo prueben. A Hitler le interesaba la hegemonía en Europa, el poder defensivo en el Atlántico, la expansión al Este, el aniquilamiento del bochevismo, el exterminio de judíos y el sometimiento de los eslavos. Se trataba en sí mismo de un proyecto desmesurado, que sobrepasaba la revisión de Versalles y constituía una nueva visión imperialista, particularmente radicalizada, pero no era un plan mundial. Por otra parte, por usar una terminología de prosapia marxista leninista, el proyecto de Hitler no perjudicaba en sustancia ni a las “colonias” ni a las “semicolonias” de Asia, África y América Latina. Por el contrario, en el origen de los nacionalismos y los socialismos nacionales de raíz popular- al menos en Oriente Medio e Iberoamérica- el nacionalsocialismo operó- a veces involuntariamente- como agente catalizador.

Siguiendo un razonamiento contrafáctico, si Rusia no hubiese sido bolchevique, quizás Htler no hubiera encontrado el motivo ni el ímpetu para atacarla. Acaso el desprecio a los pueblos

eslavos hubiese convivido con una modalidad de dominio que no excluyese alguna clase de reconocimiento, como el régimen Ustachá croata. Por otra parte, si Hitler hubiese atacado a una Rusia sin bolcheviques y sin Stalin, es casi seguro que hubiera triunfado. Fue tal la magnitud del esfuerzo de guerra, la movilización total soviética requirió de una dureza tal de encuadramiento y, la diplomacia, en cambio, demandó un realismo tan consumado, que esa combinación de dictadura interna y flexibilidad externa difícilmente hubiera sido posible con otro conductor que no fuese Stalin.

En ambos casos, al parecer, la astucia de la historia seleccionó a líderes tan radicalizados como Hitler y Stalin para enfrentar grandes desafíos. En cierta medida, claro, ellos mismos constituyeron un desafío recíproco y sólo así la batalla de Stalingrado aparece como el eslabón decisivo de la Segunda Guerra Mundial.

Bibliografía

Bernhardi, Federico Von, *Alemania y la próxima guerra*, Gustavo Gili Editor, Barceloana, 1916.

Borsworth, RJB, Mussolini, Península Atalaya, Barcelona, 2003.

Clausewitz, Carl Von; *De la Guerra*, Mar Océano, Buenos Aires, 1960.

Ferro, Marc; *Siete Hombre en Guerra*, Ariel, Barcelona, 2008.

Fuller, JFC; *La Segunda Guerra Mundial(1939-1945), Historia Táctica y Estratégica*, Circulo Militar, Buenos Aires, 1988.

Gradenigo, Gaio, Benito Mussolini: 50 años de Historia, Editorial Nuevo Orden, Lanús, 1984.

Keyserling, Herman; *El Mundo que Nace*, revista de Occidente, 1929.

Kershaw, Ian;

Hitler (1889-1945), 2 volúmenes, Península, Barcelona, 2005.

Decisiones trascendentales. De Dunquerque a Pearl Harbor(1940-1941). El año que cambió la Historia, Península, 2008, Barcelona.

Kissinger, Henry;

Un mundo restaurado, FCE, México, 1973.

La Diplomacia, FCE, México, 1996.

Meinecke, Friedrich; *La catástrofe alemana*, Peuser, Buenos Aires, 1947.

Nolte; Ernst; *La guerra civil europea (1917-1945)*, FCE, México, 1996.

Recouly, Raymond; *El memorial de Foch*, Ediciones Publicaciones Españolas, Barcelona, 1929.

Schmitt, Carl; *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Jus Publicum Europaeum*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1979.

Taylor, A.J.P.; *The Origins of the Second World War*, s/fecha.

Zheshevski, AR; *La segunda Guerra Mundial. Mito y Realidad*, Editorial progreso, Moscú, 1985.